

EL FIN DEL ARMISTICIO

Gilbert K. Chesterton

No puedo ahora copiar todo el libro. Sólo la presentación –nota del compilador que incluye no sólo los detalles de la estructura del libro-, el Índice y el primer capítulo, *Las armas y el armisticio*.

Chesterton caló hondo en la esencia del nazismo, expresión del prusianismo.

Alguien dijo que éste se trataba de un ejército que se apropió de un territorio, Prusia. Creo más completo lo que afirma Chesterton: Una barbarie pagana alimentada por lo peor de los fetiches religiosos orientales que se apoderó de la nación alemana, nacida en la región más protestantizada y judaizada de Europa.

PROPIEDAD LITERARIA RESERVADA

Traducción del inglés por
G. y L. GOSSÉ CLEYMAN

Título de la obra original
THE END OF THE ARMISTICE

PRIMERA EDICIÓN
Julio 1945

Talleres Gráficos REX - Avenida José Antonio, 719 - Barcelona

NOTA DEL COMPILADOR

ES necesaria una pequeña explicación de cómo se hizo este libro. Estaba leyendo un montón de ensayos de Chesterton, con la idea de publicar un libro parecido a *The Thing* ("La Cosa"), y no había hecho más que empezar la lectura cuando advertí que, a partir del año quince hasta su muerte, acaecida en 1936, su mente estuvo incesantemente preocupada por la segunda guerra. Huelga decir que estaba convencido de ella como de un sencillo hecho de la historia futura. Me refiero a que no la consideraba como posible, ni como probable, sino como algo ya en camino y, hablando humanamente, como cosa segura.

Estaba convencido de que Alemania atacaría a Polonia; es más, sabía que Alemania lo haría de acuerdo con Rusia. "El patriota prusiano puede cubrirse con águilas y condecoraciones; pero en la práctica le hallaremos codo con codo con la bandera roja. El prusiano y el ruso estarán de acuerdo en todo, especialmente en todo cuanto se refiera a Polonia."

Ahora bien, cuando un hombre acierta así en sus pronósticos, existen motivos para pensar que también tiene razón en sus premisas. Este es el motivo de que haya selec-

cionado los presentes ensayos (1), considerando que en ellos analiza todo el problema alemán en Europa. Estos ensayos fueron escritos en diferentes fechas, sin orden especial, ni como capítulos para un libro. No obstante, constituyen una unidad debido a la unidad que había en su espíritu. Poseía ciertos principios muy claros, y a la luz de ellos escribió acerca de todos los acontecimientos; no importa el año en que lo hiciera, porque siempre mantuvo firmemente sus puntos de vista. Tenía una teoría referente a Alemania — que formaba parte de su más amplia teoría de Europa —, y todo lo ocurrido desde 1914 hasta su muerte en 1936, la ha confirmado; aunque no tan espectacularmente como ha sido confirmada por los acontecimientos a partir de entonces.

En los ensayos mismos trasluce el fondo de su teoría, pero lo indico aquí esquemáticamente para explicar el plan del libro. Existe una realidad llamada Europa que adquiere sentido si se la mira como cristianismo. Alemania pertenece a esa realidad, Prusia no. El problema de Europa consiste en curar a Alemania mediante la exorcización del prusianismo; es decir, desarraigándolo. Si la arrogancia racial les hubiera sido enseñada por primera vez a los alemanes por Hitler, el problema de desarraigarla sería menos grave, ya que Hitler, por lo reciente, no puede haber echado hondas raíces. Pero es algo que ha crecido desde hace muchísimo tiempo, y sus raíces son seculares. Por eso la primera parte de este libro trata del prusianismo. Hay en éste una fuerza

(1) He hecho unos cuantos cortes allí donde el original trata de asuntos que no cuadran con este tema principal; y una o dos veces he unido fragmentos de varios ensayos. También he creído oportuno unas notas explicativas allí donde el contexto no precisa claramente a qué incidente se refiere el autor.

que, por su naturaleza misma, es un persistente trastorno para Alemania y, en consecuencia, para el mundo entero. Prusia podría ser concebiblemente convertida mediante una real conversión religiosa; de lo contrario habrá que refrenarla. Y para ser refrenada debe ser comprendida. Si de ella nos formamos una idea errónea, volveremos a caer en el mismo error de Versalles, levantaremos nuestros diques de contención en un lugar inadecuado.

A continuación de los capítulos referentes al prusianismo viene el grupo de ensayos sobre el hitlerismo. El tema que Chesterton mejor ha desarrollado es el análisis de la herejía de la raza, mostrando que el mundo no podrá gozar de paz mientras esta herejía no sea destruida: puesto que significa “buscar eternamente sus compatriotas en los países de los demás pueblos”. El patriota ordinario es una especie de perro guardián que vigila su propia puerta: “pero si los patriotas están amaestrados como una jauría de perros de caza, acostumbrados a saltar todas las vallas y a correr a través de todos los campos, entonces significan un peligro para sus vecinos”.

La tercera parte es un pequeño grupo de ensayos sobre Polonia, “la larga espada clavada entre la tradición bizantina de Moscú y el materialismo de Prusia”.

La última parte — Pacifismo y cinismo — puede ser considerada como un cuadro complementario. ¿Qué hacía Inglaterra mientras Europa se movía tan velozmente en una dirección? En esta última parte vemos, opuesto a la firme idea de Chesterton, el calidoscopio de la opinión pública inglesa. En realidad, “opinión” es un vocablo que suena demasiado racionalmente para calificar lo que era tan sólo una serie de disposiciones de ánimo, la una fundiéndose en

la otra, pero todas encaminadas a la pasividad ante el creciente movimiento de Alemania, movimiento que, desde luego, llevaba a su frente la promesa exacta de lo que significaría su madurez para nosotros.

No es necesario que lo digamos todo en esta introducción. Pero hay un detalle tan ligado a la idea fundamental de Chesterton, que sin él hasta un resumen podría engañarnos seriamente. Este detalle puedo explicarlo mejor tomando en consideración una pregunta que con frecuencia va dirigida contra nosotros: "¿Con qué derecho Inglaterra, cuya historia no está exenta de culpas, se opone a Prusia?" Esta pregunta no resiste ni un momento de reflexión, pues implica que a una nación que ha procedido mal no debe permitírsele que se oponga a la injusticia. Inglaterra, por ejemplo, ha perseguido a Irlanda; por consiguiente, no debe tratar de salvar a Polonia de la persecución. En una palabra: la conciencia de sus propias culpas debe paralizarla hasta el punto de entregar el mundo a la merced de los que carecen de conciencia. La falacia es evidente y la respuesta también: el arrepentimiento de los pecados no consiste en abstenerse de toda actuación, sino en hacer el bien. Ahora bien, Chesterton, como el lector verá, era demasiado inteligente para considerar la guerra de los Aliados contra Prusia como una guerra de ángeles contra demonios. Ningún patriota tuvo jamás una visión más clara de los crímenes cometidos por su propio país. Su respuesta a la pregunta era doble. Primero, como el lector apreciará, sabía que los crímenes de Prusia eran una amenaza para el mundo, mientras que los crímenes de Inglaterra, de Francia o de Italia no lo eran. Pero Chesterton sabía que ésta era una cuestión sobre la que los hombres podrían, con toda sinceridad, tener otro

punto de vista. Su segunda respuesta era diferente: era una pregunta: Frente a un crimen que se comete de vez en cuando, ¿cómo obrará Inglaterra? Juzgar el bien y el mal de algo sucedido hace tiempo es cosa muy delicada; pero su delicadeza no debe impedirnos considerar la justicia de lo que ahora debemos hacer en tal o cual situación concreta. Cuando un pequeño aliado es atropellado, no debe uno preguntarse: "¿Soy indigno de acudir en su auxilio?" Porque siempre se es digno de hacer el bien.

He dicho que Chesterton preveía la guerra. Su único temor, que le obsesionaba, era que Inglaterra no participase en ella. Ahora es de esperar que lo sabrá.

F. J. SHEED

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
NOTA DEL COMPILADOR	7

INTRODUCCION

I. LAS ARMAS Y EL ARMISTICIO	17
-------------------------------------	----

PARTE I: PRUSIANISMO

II. LA MALA AMISTAD	31
III. UNA NOTA SOBRE DOLLFUSS	37
IV. PRUSIA, LA ENEMIGA DE ALEMANIA	43
V. UN BÁRBARO PEDANTE	48
VI. PENSANDO EN EUROPA	51

PARTE II: HITLERISMO

VII. LO MÁS ESTÚPIDO	59
VIII. EL TRIUNFO TRIBAL	63
IX. ¿QUIÉN ES DICTADOR?	68
X. SI FUESE INGLATERRA	73
XI. LA MUERTE DE DOLLFUSS	78
XII. LA OTRA MEJILLA	84
XIII. EL JUDAÍSMO DE HITLER	88
XIV. LA HEREJÍA DE LA RAZA	93
XV. HITLER, CONTRA LA HISTORIA	98
XVI. LA VERDAD SOBRE LAS TRIBUS	103
XVII. LA VUELTA DEL PRUSIANISMO	108

PARTE III: POLONIA

	<u>Págs.</u>
XVIII. LA HIPOCRESÍA MODERNA	113
XIX. LA ESPERANZA DE LAS NUEVAS NACIONES ...	120
XX. LA SITUACIÓN DE POLONIA	124
XXI. EL CRIMEN EN VARSOVIA	128
XXII. POR QUÉ SE ODI A POLONIA	131

INTRODUCCIÓN

PARTE IV: PACIFISMO Y CINISMO

XXIII. LA RECAÍDA	139
XXIV. LIMPIANDO	142
XXV. EL DERECHO A ROBAR	145
XXVI. HABLANDO DE TIRAR PIEDRAS	149
XXVII. EL TERCER PENSAMIENTO ES EL MEJOR ...	152
XXVIII. UNA PALABRA MÁS	157
XXIX. EL FIN DE LOS PACIFISTAS	162
XXX. OCULTANDO UN TERREMOTO	167
XXXI. SOBRE LOS LIBROS DE GUERRA	173
XXXII. LA TORTURA Y EL INSTRUMENTO INADE- CUADO	179
XXXIII. SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ	182
XXXIV. EL PACIFISTA, COMO PRUSIANISTA	185
XXXV. LA CUESTIÓN DEL PARAGUAS	191
XXXVI. CRISTIANISMO Y ORGULLO	196

EPILOGO

RESURRECCIÓN	200
---------------------	-----

I

LAS ARMAS Y EL ARMISTICIO

TODO lo que yo escriba referente al Armisticio será inadecuado e incluso indecoroso. Lo peor del caso es que, no obstante, pienso tratar del Armisticio. El hecho primordial que debo resaltar acerca de esta fecha y conmemoración es la muy notable característica del nombre mismo. Porque ustedes observarán que nunca se le denominó Paz. Ha pasado una década durante la cual las naciones en general han vivido pacíficamente, y sin embargo todavía no empleamos la denominación Paz. Seguimos considerando a ésta como un vocablo muy particular y ajeno al sentido de la existencia pacífica de los estados, algo así como Tregua. El mundo, cansado de la guerra como jamás lo estuvo, posee no obstante un instinto especial que le sirve de norma directriz para su léxico. Y nunca durante todo este período de tiempo se atrevió a hablar de la paz con Alemania. Se reduce a conmemorar cada año el Armisticio con Alemania mediante cierto número de sinceras oraciones y rogativas por el sostenimiento de la paz. Si alguien ima-

gina que el mundo está equivocado al pensar así, o que yo hago mal al decirlo claramente, le aconsejo que eche un vistazo a la Alemania de hoy y observe atentamente.

En este particular, pertenezco a un pequeño grupo o escuela a la que posiblemente se escucha ahora de nuevo en Inglaterra, o, mejor dicho, a la que por primera vez se escucha. Nos hallábamos en cierto estado de obscuridad e insignificancia, ya que éramos una minoría perdida entre la mayoría. Estamos conformes con nuestros compatriotas en cuanto a lo justo de la lucha, pero estamos en completo desacuerdo en lo que se refiere a motivos. Éramos, así lo espero, buenos ingleses — por lo menos estábamos de acuerdo con los demás ingleses —, pero también éramos, o necesitábamos serlo, buenos europeos, y la mayoría de los ingleses ni siquiera saben lo que significa ser buen europeo. De ahí que muchos de nuestros políticos, publicistas y periodistas produjeran la impresión de desear la guerra con Alemania primero para buscar motivos para hacerla después. Algunos de estos motivos eran verdaderamente artificiosos. Es decir, fueron fabricados, sencillamente, por propagandistas sin escrúpulos. Muchos de ellos no pasaban de meros embustes, ideados a toda prisa por meros buscavidas, cabezas duras y hábiles agentes publicitarios. Fueron rápidamente expuestos y explotados. Pero nosotros nada teníamos que ver con toda aquella vocinglería. Nos contentábamos con atenernos a los verdaderos motivos, los que no eran mentiras, sino verdades históricas y filosóficas. Verdades que formaban parte integrante de la estructura fundamental de la civilización europea. Nosotros nunca hemos dicho que los alemanes matasen niños a bayonetazos. Sabemos que en Alemania hay tantas personas de corazón bon-

dadoso como en cualquier otra parte del mundo, y quizás más. Nunca hemos dicho que el gobierno militar prusiano hirviese los cadáveres de sus soldados para fabricar cola u otras sustancias por el estilo. Podremos haber dicho, si habíamos dicho algo — que los militaristas prusianos eran capaces de cualquier crimen, excepto el de hervir sus soldados para convertirlos en cola. Jamás compartimos la calumnia periodística de aquellos que, siendo grandes negociantes y organizadores prácticos del mundo moderno, no tenían la menor idea de lo que era la guerra. Jamás dijimos ninguno de los disparates periodísticos de aquellos que describen a Alemania como un enemigo sin ley suelto por el mundo y capaz de todos los crímenes. Lo más probable es que nos hayamos contentados con decir que los alemanes son gente dócil, sumisa y obediente, incapaces de hacer algo a menos que les sea ordenado. La cuestión estriba, no simplemente en lo que se les mandó hacer, sino, y sobre todo, en quien se lo ordenó. La respuesta a esto es un hecho fundamental de historia moderna que explica, entre otras cosas, por qué se habla de armisticio y no de paz.

Lo que dijimos de la guerra antes de que estallase, y en plena conflagración y durante la reacción pacifista, nada tiene que ver con malabarismos periodísticos, ni tampoco con el apasionamiento nacional. Es algo no sólo muy anterior a los periódicos sino incluso más viejo que las naciones. Algo que existía cuando los partidos políticos no tenían todavía etiqueta que los catalogara, y cuando la mayoría de los pueblos carecían todavía de nombre. Igual que se afirma como un hecho científico que en el norte de China hay un manantial de petróleo, así dijimos que en el norte de Europa hay un manantial de veneno. Es un

hecho, y ese manantial continúa brotando. Es un evidente disparate llamarle Alemania. Ni siquiera es adecuado llamarle Prusia. Es más acertado llamarle sencillamente Orgullo.

Es una cosa abstracta, incorpórea, del espíritu. No es una nación. Es una herejía. Es un ideal fuera del ideal europeo. Apartado de lo que la mayoría de nosotros llamaríamos ideal normal humano. Es algo ajeno a Europa, algo que Europa no puede digerir y que, por lo tanto, no consigue eliminar. Resulta difícil encontrar la palabra justa para él, puesto que todas las expresiones adecuadas fueron ya empleadas erróneamente por la mera propaganda de guerra. Cualquier rico propietario de un periódico podía describir a los prusianos como unos bárbaros, pero esto no aclaraba nada, puesto que él mismo era un bárbaro y un enredador también. La definición más apropiada que conozco es ésta: el hombre civilizado, igual que el hombre religioso, es una persona que reconoce el hecho extraño e irritante de que algo existe además de él. Lo que Jefferson, con su delicado refinamiento denominaba: "Un decoroso respeto a las opiniones de la humanidad". Lo que los hombres del medievo llamaron Cristiandad, o sea el juicio de todos los príncipes cristianos. Lo que cualquier cristiano calificaría de conciencia del hombre como testimonio de la justicia de Dios. Esto, bajo una u otra forma, afecta por doquier a la gente civilizada. Un agnóstico puede vacilar en darle el nombre de Dios. Un americano puede razonablemente titubear en denominarlo Liga de las Naciones. Pero, de todas formas, esto demuestra que el hombre no cree rebajar su dignidad admitiendo una ley general, aunque ésta pueda ir en contra suya.

Pensábamos, y pensamos, y seguiremos pensando, puesto que ha sido mil veces confirmado, que en el Nordeste, entre nosotros y el estado cristiano de Polonia, así como el estado asiático de Moscú, existe, en efecto, una verdadera fuente independiente de espíritu de oposición. Es, no sólo algo que se glorifica a sí mismo; es algo que no precisa de más glorificación que la suya propia. Es fútil e induce a confusión el discutir acerca de etiquetas clasificadas como "nacionalismo" o "patriotismo". Hablamos de otras cosas distintas. El francés se enorgullece de Francia. Pero un prusiano no se enorgullece de Prusia, sino del hecho de haber nacido prusiano. No se siente orgulloso, como un cruzado francés, de lo que su país ha hecho en pro de la cristiandad. No tiene el orgullo de un revolucionario francés por lo que su patria hizo en beneficio de la humanidad. Simplemente está orgulloso de sí mismo y de su suerte. E igualmente lo estaría de destruir el cristianismo y esclavizar a la humanidad. Este es el problema de Prusia, que ni siquiera es el de los prusianos, sino el del prusianismo. No es, realmente, el problema de los alemanes, aunque en parte sea el de los límites que aceptaron y el del jefe a quien obedecieron. Pero lo notable es que aun queda algo pagano y bárbaro entre las naciones; algo que diríamos inconquistado, sin convertir y que, de todos modos, ignora el arrepentimiento. Este es el problema de la última erupción, ruidosa e histérica, de Alemania. No lo que los alemanes dicen, ni siquiera lo que hacen, y aun menos lo que más se les reprocha hacer. Mucho de lo que dicen los alemanes de hoy es completamente cierto. Pero ellos no dicen que la verdad es verdad; sólo dicen que son alemanes. En muchas de sus cosas tienen razón. Pero no dicen que tienen razón.

Dicen que son alemanes. Es decir, no se refieren ni reconocen a ningún otro tipo que no sea ellos... Cuando dicen adorar al Dios alemán, piensan sinceramente que nunca serán juzgados, ni siquiera el día del Juicio Final, por un Dios que no sea germano. Pero el Fundador del Cristianismo no tuvo la ocurrencia de hacerse alemán.

El mundo obró muy desatinadamente al permitir que esa cosa antinatural que es el prusianismo pudiera hacerse cada vez más fuerte en Europa durante el siglo XIX. Napoleón estuvo a punto de acabar con él en Jena. Y también habría sido fácil anularlo cuando empezó a deslizarse en Francia, Polonia y Dinamarca. Pero se le permitió fortalecerse de tal forma, que fué preciso aunar la potencia de cuatro naciones para infligirle una derrota tardía y mal administrada. Y fué mal administrada porque los vencedores no sabían muy bien contra quién luchaban. Se preocuparon una vez más de las etiquetas, y creyeron haber luchado contra una noción... pero una noción muy semejante a una pesadilla. Trataron con más rigor a un país humano, como Hungría, que a un país inhumano, como Prusia. No comprendieron (cosa que los hechos demuestran hoy a diario) que Austria no era una aliada de Prusia, sino su peor antagonista. Los Aliados tenían razón, pero lo ignoraban; por eso precisamente todo lo que hicieron estuvo equivocado; todo menos la restauración de Polonia. Los ateos franceses estuvieron muy cerca de perder la Alsacia por culpa de sus desatinados prejuicios contra la cristiandad. Por su parte, los ingleses cometieron la idiotez de torturar a Irlanda precisamente cuando acababan de ganar una guerra en favor de las pequeñas naciones. En una palabra, los Aliados cometieron todos los errores imaginables; mas no debemos olvi-

dar que, una vez más, su política estaba dirigida por prácticos hombres de negocios.

Pero, a pesar de todo, tenían razón. Actualmente, en este solemne aniversario del Armisticio, queda clara y definitivamente demostrado que tenían razón. Pero es de lamentar que aquella fuente de ponzoñoso orgullo, aquella aislada egolatría que ellos quisieron destruir no la destruyeran suficientemente. La explicación, quizá, es que era una idea, y que sólo habría sido posible vencerla con otra, y los políticos modernos no tienen ideas. Tal vez tengan razón los pacifistas al decir que la solución estriba en una conversión ideológica y no en una conquista por las armas. Pero lo difícil sería encontrar misioneros que quisieran hablar a aquellos paganos pervertidos, al igual que otros hicieron antaño con los jefes bárbaros de las edades oscuras. No es mi intención pronunciarme aquí sobre este particular. Tampoco digo que el Armisticio haya de ser siempre un armisticio, aunque este vocablo sea mucho más familiar a todo el mundo que el de paz. Y me abstengo también de decir que las oraciones e ideas de miles de personas de sano juicio no pueden convertirlo en una paz verdadera y permanente. Lo que sí digo es que los recientes acontecimientos en Alemania han revelado con claridad meridiana un hecho esencial, un hecho que comprendieron muchos hombres valerosos que lucharon e incluso murieron a causa de él, un hecho de elemental psicología: que a casi todos los demás hombres les ha sido enseñado en algún sentido tradicional a apelar a alguna verdad no subjetiva (expresión favorita de los alemanes); que les ha sido enseñado a apelar a Dios o al Hombre; pero a los alemanes sólo se les ha enseñado a apelar a Alemania.

Éstos son los deprimentes sentimientos, diré más, degradantes y deplorables sentimientos que surgen en mí al ser mencionado y conmemorado el Armisticio. Ideas muy diferentes de esas exaltadas y optimistas afirmaciones de una inmediata e inevitable aparición de la paz. Una paz perfecta, entre todos los pueblos de la Tierra; muy distintas de esos clarines de plata de la elocuencia que ensalzan los interrumpidos éxitos de la Liga de las Naciones; muy otras que esas visiones de un fatalismo feliz mostrando la total y definitiva desaparición en la faz de la tierra de todo lo que significa arma de combate; muy ajenas a esos radiantes sermones de Amor, Fraternidad y Unidad, copiosamente difundidos durante estos últimos años por los grandes, y los sabios, y especialmente los opulentos, y todos aquellos cuya opinión es que la guerra no debe estallar más que en contados casos que les afectan económicamente, y siempre contra países pequeños e indefensos. Muchos de estos moralistas insisten, muy convencidos, en que es más cristiano matar de hambre a un pueblo mediante el boicot o el bloqueo que rebajarse hasta el cínico extremo de apelar a las armas, exponiendo con ello la vida de los propios compatriotas.

Siento mucho que no se me pueda contar entre este género de moralistas. Me han pedido expresamente que escriba un artículo sobre el Armisticio, y yo tan sólo puedo decir lo que éste significa para mí, a saber: que me avergüenzo de todos mis amigos y parientes que murieron con las armas en la mano, y conste que lamento mucho si al hablar así molesto a ciertas personas. Comprendan: no es que se me ocurra celebrar el aniversario de la victoria de esos guerreros diciendo a gritos que los pobres murieron en vano, o

intentando demostrar con laboriosos razonamientos que eran tan malos como sus enemigos. Mientras, como todo el mundo, espero la Paz, no quiero expresar mi compasión por aquellos valientes escribiendo estúpidas novelas psicológicas que tenderían a demostrar que todos, tanto los unos como los otros, fueron unos cobardes; ni tampoco propugno el nuevo dramático canon de exaltar la tragedia privándola de su dignidad. Pero no por eso tengo menos conciencia de que la próxima tragedia de este género será todavía más horrorosa. Deseo evitar más que nadie que semejante desastre caiga otra vez sobre el mundo, mayormente cuando pienso que el patriotismo de mis hermanos y amigos tiene su doble castigo: recibieron la muerte de manos de sus enemigos, y luego despreciados por sus compatriotas.

Bien, yo me uno a todos aquellos que hacen del Armisticio un festival y no una profecía de paz. Los pacifistas tienen razón al decir que la paz, lo mismo que la guerra, se hace por voluntad del hombre, y por lo tanto están en lo cierto al insistir en que los hombres de todas las clases y condiciones llevan en sí una responsabilidad moral en lo que a la guerra o a la paz se refiere. Pero se equivocan, primero, al creer que aquellos que predicen la guerra la aprueban necesariamente o incluso la desean efectivamente; segundo, al suponer que los que admiten una guerra la aprueban por las razones particulares que dan los más ricos o los más afortunados granujas del periodismo o de la política de los negocios. Es preciso reflexionar con mucha mayor clarividencia que todo esto, si queremos evitar la guerra o escapar con vida de ella, en caso de que estalle. Y al pensar clara y honestamente no debe asustarnos al empezar por el principio, que en realidad es el fin, a saber: que en la cristian-

dad existe una fuerza no convertida, inconquistada, una fuerza que no es cristiana. Ciertamente, no nos parece tan imposible creer que fué esto lo que en 1914 trajo la guerra, cuando es evidente que esto es lo que actualmente amenaza con otra nueva guerra.

Pero nosotros, que celebramos el Armisticio, creemos que existe una manera mucho más noble y humana de celebrarlo. Olvidemos por un día lo que podamos pensar de las faltas de los demás y recemos porque no hagamos naufragar las esperanzas del mundo con nuestras propias faltas. Recemos por que si, efectivamente, volvemos a ser desafiados, afrontemos las realidades con algo más que infamaciones desatinadas o una ruidosa rectitud de conducta; por que podamos juzgar la lucha por la historia de las naciones tal como la estudian los hombres sinceros y serios, y no por las tonterías elaboradas en la redacción de algún periódico a base de una publicidad invertida; o la teoría de que los propagandistas puedan decir cualquier cosa mientras sea un engaño, lo mismo que el vendedor puede decir lo que quiere con tal que sea una adulación. Recemos para librar-nos de los vicios y vulgaridades de nuestra propia civilización, sobre todo si creemos todavía en la existencia de una civilización y en la necesidad de defenderla contra algo que sigue siendo salvajismo. Es bonita cosa estar prontos a perdonar a nuestros enemigos, pero más hermoso es no tener demasiada inclinación a perdonarnos a nosotros mismos. Si la ruina de los Hohenzollern proviene, tal como creo, de una maldición cosechada y provocada por el inhumano orgullo de Prusia, no debemos olvidar que el gran colapso económico que afecta a los vencedores tiene casi la calidad de un gran castigo histórico; y el reproche hecho por el des-

tino a nuestra cultura mercantil y mecanizada. Si los hombres modernos pudieran enfrentarse sinceramente con tales hechos, serían en verdad dignos de hallar la paz o de hacer frente a la guerra.